

Domingo Melfi

Algunas notas sobre Pezoa Véliz



PEZOA Véliz dió una patente de dignidad a las palabras desnudas de oropeles, a las expresiones populares. Nadie las usaba en los versos, por aquel tiempo. Los criollistas que surgieron poco después de iniciado el siglo hicieron más familiar la vida del campo a los hombres de la ciudad. En la generación de 1900, tiene Pezoa Véliz un lugar destacado, porque fué el lírico que acompañó con su canto bravío a los descubridores del paisaje. La vida humilde y dura de los campesinos y de los obreros de las ciudades fué también descubierta por esos escritores, de los cuales ya nos hemos preocupado en otras oportunidades. Pezoa Véliz comenzó también copiando los suspirillos blanduchos que la moda había traído a Santiago, junto con la grandeza de la concepción novelesca de Gorki, Maupassant, Tolstoi y otros. Pero luego con un encogimiento de hombros muy suyo, muy de la raza, que repecha los cerros y se hunde en los boquerones de las minas, Pezoa Véliz mostrando toda la socarrona amargura del roto, saltó la

puerta de tranca del campo y echó a correr como un loco, ebrio de la luz con que el alba iluminaba las quebradas y los valles cubiertos aun de niebla.

«Sopla un aire robusto... Salud, señor paisaje.
Es usted tan potente y es usted tan salvaje...

Esos versos de *Fecundidad*, fueron como la cifra del blasón de los criollistas chilenos de 1900.

Durante treinta años, el silencio estuvo echado sobre la obra de Pezoa Véliz. Se le recordaba apenas en algunas antologías o en páginas dispersas de crítica. Algunos espíritus selectos lo siguieron devotamente, solitarios y desconocidos y en algunas provincias hombres jóvenes, que recién se iniciaban en las letras—hace de esto varios lustros—solían recitar en pleno campo, en el fondo del inmenso silencio del campo, sus versos robustos:

Los jilgueros revoltosos
y hasta un errabundo tril,
cantan versos olorosos
en los troncos achacosos
o en la viña juvenil.

Allá lejos, los ganados
guía un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
los bosques ensimismados
beben con ansia el calor.

Y un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
y lejos hay un espino
y un jilguero campesino
que se oculta en el maíz.

Es decir, las circunstancias más típicas de la vida campesina, las cosas más humildes y deliberadamente desconocidas, puestas en verso con esa gracia criolla que fué el más grande de los atributos del desventurado poeta. El poeta había muerto en 1908. Y su obra no había logrado estremecer la entraña popular de donde había brotado. Se citaban en los libros otros poetas que nadie recordaba, aun estando vivos y se olvidaban del muerto que vivía potentemente en la lírica chilena. Pero ¿qué importa el miserable olvido de que se le hizo víctima? La lírica popular no ha dado en Chile un acento más hondo, el cual no ha podido ser todavía superado. Pezoa Véliz rimó en versos ásperos y claros como los manantiales cordilleranos, el alma bravía y cazurra del pueblo y extrajo del fatalismo que

era en él mismo, un lei motiv continuo, la palpitación constante de su vena poética.

Los amigos que le conocieron cuentan que fué un hombre mordaz, incisivo, en ocasiones tan brutal como la pinchadura del espino hirsuto, con el cual se identificaba por la soledad y la hurañez. Nació desconocido; en uno de esos encuentros del azar, misterioso y triste, y del cual la naturaleza expele al exterior la partícula del genio o del cínico. Parecía condenado de por vida a no ser sino un hombre perseguido por la desventura. Pero él se levantaba iracundo contra esa fatalidad. Tenía el garbo andariego del mozo, cuyo origen nadie conoce en los ranchos de la hacienda, pero al cual se teme por su bravura, por su desenfado, por el desprecio de la vida y por esa extraña sujestión que las mujeres sienten no bien le ven aparecer.

¡Qué garbo! El mozo es bravío.
rubio como es el patrón;
sus ojos destellan brío,
ama el poncho, el atavío
y usa corvo al cinturón.

Y su ademán que perturba
y sus ojazos de curva,

noble su porte, su tez,
son bellos. Su frase turba...
Vaya un muchacho cortés...

El corvo era en el poeta la palabra mordaz, la expresión voluntariosa y desenfadada, la desconfianza en que se envolvía, temeroso de dar más de lo que era permitido entre gente que no le sería leal. Llevaba todo eso en su actitud, como sus hermanos de los campos y de las ciudades lo llevan en el cinturón o entre la faja con que se ciñen la cintura. El pequeño corvo de mango laboreado o simplemente de madera, que suele afilarse en una piedra, con paciencia, durante horas de horas, mientras se charla... Pero cantaba como si se desconociera a sí mismo, como si tratara de encontrar la tibieza que había perdido en la errancia entre gentes que no le comprendían:

¡Madre mía! Hace frío en esta tierra
tan desoladamente hostil y tosca...

Entonces se iba a buscar las mujeres de la vida azarosa. Pasaba con ellas horas de horas. A veces días enteros, charlando como si fueran las amigas de toda la vida. Encontraba allí ternuras inauditas, suavidades maternas que calmaban la áspera irritación interior. Le comprendían en la soledad, porque aquellas vidas eran como la suya, huérfanas de todo afecto

profundo, y quizás como la de él, condenadas a irremediable y torvo destino. Se unían en la evidencia del desamparo. A ellas la vida las reservaba todas las crueldades y mentiras. Nunca estarían seguras de un afecto y nunca contarían con un amor verdadero. En el corazón del poeta, una sombra de rencor ensombrecía la visión clara de los afectos. Las vidas torcidas le atraían como le atraía la existencia aventurera y vagabunda de los peones y trabajadores anónimos.

No sé por qué asocio siempre las figuras de Thompson y de Pezoa Véliz. Yo creo que la generación llamada de 1900 no ha producido dos hombres más típicos. Acaso porque representan el más nítido contraste entre dos expresiones antípodas de las letras chilenas. Había en ese agresivo Pezoa Véliz un alma rabiosa y mordaz. Y en Thompson una sugestión de noche sobre el mar. Uno había nacido del cruzamiento de razas imaginativas y fuertes llenas de un hondo sentido humano. El otro era un producto turbio, enconado por el azar y lleno con las suspicacias irónicas del medio. El «Lord Spleen» con que solía firmar Pezoa Véliz algunos de esos engendros de refinamiento, era vanamente un deseo frenético de superación racial. Y mientras más fuerte era su pasión de aristocracia, con más violencia le salía de la entraña atormentada la voz popular. Su verso cantaba vibrante y altivo y nunca como

en «La última aventura de Manuel Rodríguez» alcanzó más auténtica expresión criolla. Allí está el antepasado, la raza sarcástica, siempre astuta y socarrona, que repecha las cuevas y se duerme, cansada, al amparo de los estrechos valles, ahormados por los perfiles adustos de los cerros. Quería ser lo que no podía, siendo que era lo que profundamente fué: el mejor vocero lírico de los rebeldes y humillados y cansados de abajo.

Thompson le tuvo un gran amor de hermano. No hay sino leer las páginas bellas y nobles que le dedicó y que fueron puestas como epílogo de las obras de Pezoa Véliz en la edición que hizo Ernesto Montenegro en 1912. Qué fiero afán de aventura y de evasión en esos dos hombres. Y qué idéntica sensación de soledad palpita en ambos. Se sentían extraños a su medio: Thompson escuchaba el llamado insistente del ancestro que tiraba de sus pies viajeros y le embrujaba el alma con los mirajes de regiones misteriosas. Estaba su alma llena de una nostalgia brumosa y apasionada. Pezoa experimentaba el vacío bajo sus pies y la tierra le era fría y hostil, porque en los hombres parecía siempre adivinar o presentir la aguda punta de un sarcasmo. Quería salir de sí mismo, huir de la ruda lucha que libraban en su corazón las dos fuerzas ciegas que el azar, ese azar desconocido, había puesto en su naturaleza, y que le llenaba a veces, en lo más oculto, de una secreta y vergonzosa humillación.

Y acaso por eso, entregó toda su alma, toda su fiebre de amor a los más humildes, a los que como él erraban

sin esperanza, desde las calicheras a los puertos fríos del sur o desaparecían tragados por las barriadas sórdidas de las ciudades que crecían en el desierto. Se entregaba a esos desamparados que como él no tenían destino y no sabían de donde venían, ni hacia adonde iban...

Thompson refinado y con un espíritu de selección, adivinó la tormenta que devastaba el corazón de Pezoa. Quería ser éste pulcro y señoril. Y es claro no lo dejaban ser las puntas del poncho que asomaban por debajo de su abrigo de dandy. Esta obstinación del poeta en ser un hombre a la moda, de encaramarse sobre sí mismo para mostrar la parte aristocrática que sin duda él sentía hervir en su naturaleza, le atormentaban aún más de lo que él creía. El «roto»—lo dicen como ofensa y en este caso era el blasón máspreciado—asomaba en la mordacidad, en la desconfianza, en el ímpetu bravío de su espíritu lleno de piedad y de amor por los explotados y ofendidos. Pezoa cantaba con sombrío contento, voluptuosamente, las tristezas y los fatalismos de su raza. Comprendía mejor a sus «hermanos» de los campos y de los suburbios que a los refinados de las ciudades, con los cuales aspiraba a alternar en las exterioridades y en el brillo de las ropas. Cuentan que algunas veces su rostro tenía la expresión del beodo, del que ha bebido con exceso la noche anterior. Y la verdad es que no bebía. La rencorosa angustia de sentirse solo le salía al rostro, como la emanación de una lucha librada ferozmente y sin testigos.

Le brotaba la angustia de la soledad, el dolor de la vida derrengada, el turbio proceso en que sumergía su existencia contradictoria y huérfana.

* * *

No hubo más que amarguras en su existencia. También para mostrar que venía del fondo de la raza, que había crecido solo y llevaba encima el fardo de su pesadumbre admirable. ¿Qué cantaba? Sus propias desconfianzas, sus propios dolores, su propia desesperación. En el vagabundo, en el perro flaco, lanudo y sucio, en el pobre muerto que llevan a enterrar en una tarde de aguacero, en el pintor pereza, en el astuto Manuel Rodríguez, en el Tomás, de Pancho y Tomás, en el poeta lamentable, cantaba él la vida de los campos y cantaba su vida. Había recogido, por un proceso sutil, la existencia de todos los errantes y solitarios que forman la gran familia de los peones y labradores y habría llegado a ser su encarnación auténtica como alcanzó a serlo hondamente, en las pocas veces en que pudo darse si no hubiera sido aplastado por la fatalidad en el terremoto de Valparaíso.

* * *

Después de treinta años de silencio, un grupo de escritores recordó en una velada en la Universidad de Chile la vida y la obra de Pezoa Véliz. Recuerdo

emocionado y significativo. Pezoa Véliz no es poeta que agrade a todos, y muchos hay que le niegan hasta el sitio en que se le ha colocado en la lírica. Pero en él canta la tierra y esto es ya una grandeza. Si Pezoa hubiera vivido algunos años más, es seguro que hubiera completado la obra para la cual poseía los dones más opulentos. En Chile no hay un poeta popular—prescindimos aquí del sentido de cantor de barriada o del que personifica al ciego y su lazarillo—que haya logrado concretar en su canto la psicología de la vida azarosa y aventurera del «roto». En *Alma Chilena* existen en potencia los elementos que hubieran podido llegar a formar el poema de sello y estirpe chilenos. Como existen en *Pancho y Tomás* y en *La última aventura de Manuel Rodríguez*. Bravura, coraje, sarcasmo, burlería, desenfado, solidaridad profunda entre hermanos que azota y dispersa el destino, malicia y socarronería, fatalismo y superstición. Todos los elementos, en fin, que concurren a formar el alma de ese «roto», que es huaso en los campos y obrero en las ciudades, minero, pastor, soldado, vagabundo. Los encontró Pezoa en todas sus andanzas, por la pampa y los valles centrales, y sintió en sí mismo el trágico destino de sus vidas. Hay un hombre anónimo y solitario que suele tallar en una rama gruesa de un árbol las más extrañas figuras, engendros en ocasiones de la fantasía del autor. Otro canta en las montañas con una voz potente y cálida. Se encuentra también el músico y a veces el poeta, rimador ingenuo

y nostálgico. Son las formas que asume el arte, autóctono creaciones que pasan ignoradas. Hasta que un día aparece el poeta que las resume todas en una concreción armoniosa y fuerte, retratando en ellas el espíritu de la raza: sus quejas, sus tristezas, sus nostalgias, sus bizarrías, sus ambiciones. Pezoa Véliz...